

JAPPY TONNY
Introduction to Peircean Visual Semiotics
Bloomsbury Advances in Semiotics
Bloomsbury Academic, Bloomsbury Publishing, London, New York.
Kindle Edition 2013, 240 páginas
ISBN: 978-1-4411-3289-5

1. Generalidades

Pareciera ser de común acuerdo el hecho de que el signo constituye una de las unidades básicas de cualquier aproximación científica al estudio de las lenguas y el lenguaje. Desafortunadamente, aquella característica estructural que indica que la lengua se sostiene mediante un sistema de signos generalmente pasa desapercibida en la especialidad. Esta introducción a la semiótica visual peirceana del profesor de lingüística de la universidad de Perpignan, Jappy Tonny, expone cabalmente el modelo propuesto por Charles Sanders Peirce (1839-1914) de la ecología lógica de los signos que se manifiesta en las lenguas. Su propósito principal es doble: por un lado, el autor confronta la ya conocida tradición semiótica europea fundada sobre los principios binarios o dicotomías del sistema de signos saussureano (derivado del estudio de la lengua) con la ‘semeiotica’ norteamericana de Peirce de 1903, donde el paradigma gravita alrededor de un conjunto recursivo y cerrado de tricotomías perteneciente a uno de los tres elementos constituyentes de la lógica de Peirce, esto es, su filosofía del conocimiento y, por otro, el autor aplica con habilidad el análisis de imágenes (fotografías, historietas gráficas, señales de tránsito, pinturas) y de instancias de comunicación no verbal (esculturas y pancartas de protesta sin contenido lingüístico). El resultado final es una acabada descripción de las relaciones internas, propiedades y límites que operan en la teoría de signos de Peirce, en tanto analiza las propiedades del mundo de las imágenes.

En relación con su alcance y propósito, el libro puede ser considerado como una contribución al campo de los estudios semióticos visuales, la estética, la teoría del arte y la lingüística, ya que presenta al lector tanto el concepto que tenía Peirce del signo –a saber, rema (sinsign), signo dicente (legisign) y dicisigno (qualisign)– y las propiedades semióticas que le permiten significar en cualquier sistema recursivo de extensión analógica compuesto de partículas discretas básicas que permiten, por medio de la referencia –icónica, indéxica o simbólica– existir con una forma específica en la mente del que habla, mira y percibe: el *interpretante*. De manera tal que basta solamente con descubrir las correlaciones apropiadas para hacer de esta obra una introducción lingüística de la semiótica peirceana.

Desde el comienzo nos recuerda el autor que “el semiotista intenta descubrir cuáles son las especies de signos, cómo se diferencian entre ellos, cómo funcionan en su hábitat natural y cómo interactúan con otras especies de signos” (referencia textual a Culler, 1981). En relación con la lógica, el profesor de lingüística y semiótica, Jappy Tonny, luego de citar al filósofo norteamericano Stephen Kleene (1967), afirma que “cumple con la importante función de nombrar qué es lo que sigue de qué” (p. 12), afirmando, por lo tanto, que el plan de Peirce no consiste en entregar un marco estático de reglas, sino más bien una descripción del constante

y siempre continuo proceso cognitivo de asignar sentido (i.e., significar). Por último, si bien el libro construye una introducción disponible tanto para el especialista como para el “lector moderno, profano” (p. 9), un conocimiento teórico sobre la lingüística y la teoría de los signos es más que deseable para comprender cabalmente la exactitud de la teoría desarrollada, así como también las valiosas y pertinentes contribuciones del autor.

2. Organización del libro

Luego de un breve y claro prólogo destinado a comprender la detallada arquitectura y profundo alcance del libro, el autor nos remonta a 1903, justo en medio de la primera revisión exhaustiva que hiciera Peirce de los signos como un dominio circunscrito a su sistema filosófico de lógica con miras a proveer un estudio científico de la semiótica. En suma, y de acuerdo con la última revisión, aquella afirmación declarada en la Enciclopedia de la Filosofía de Stanford, indicando que “La Teoría del Signo de Peirce, o Semiótica, da cuenta de la significación, representación, referencia y significado” concuerda absolutamente con esta revisión, cuyo propósito es “ayudarnos a comprender la naturaleza y función retórica de la representación verbal y pictórica de los signos” (p. 6).

Luego de los agradecimientos de rigor, la Introducción destaca el hecho de que el título da cuenta de un acercamiento preliminar que se diferencia considerablemente de la tradición de la semiótica pictórica comenzada por Roland Barthes, en los principios de los sesenta: mientras aquella descripción del signo y sus relaciones visuales deriva de las dicotomías lingüísticas observadas por Ferdinand de Saussure, la presente contribución consiste en la aplicación del campo de la lógica peirceana al sistema de signos pictórico o visual. Al mismo tiempo, provee un plano general del estado del arte y llama nuestra atención sobre el hecho de que existe un espacio liminal relacionado con un análisis exhaustivo de la ‘semeiotica’ de Peirce aplicada a la esfera de la comunicación no verbal y, específicamente, a los sistemas significativos de naturaleza pictórica. El cuerpo teórico de la interpretación visual de la mecánica de signos de Peirce entregada por el académico se distribuye a lo largo de ocho densos pero claros capítulos; todos compuestos de complejas definiciones que dan cuenta del mecanismo que soporta a la semiótica, además de análisis de una miríada de ejemplos pictóricos y cotidianos provenientes del arte clásico y contemporáneo. Los capítulos comparten la misma estructura narrativa y eso resulta en una gran ventaja al momento de considerar la obra como un todo. Cada parte –salvo la última, que es un resumen– se estructura de acuerdo con el siguiente patrón: primero, se presenta un set de definiciones según lo expuesto en los escritos de Peirce de 1903, luego el autor hace referencia a posibles cambios en el pensamiento de Peirce expuesto por medio de citas referente a obras anteriores o posteriores a la fecha indicada, recurriendo a las diversas fuentes originales conocidas. Después, el autor plantea una discusión crítica con respecto a la tradición saussureana y, una vez acotadas las divergencias entre ambos sistemas, se aplica el modelo al dominio visual; todos los capítulos cuentan con afirmaciones finales para dirigir futura investigación. Finalmente, un resumen cierra la discusión e introduce la sección siguiente. Los capítulos son: 1. Signos y Cosas 2. ¿Cómo debería Nombrarse un Signo? 3. Peirce 4. Formas de Representación 5. El Medio Importa 6. El Poema Silencioso 7. Retórica de la Imagen y, 8. Conclusión. Además, todos ellos se encuentran subdivididos en partes apropiadamente señaladas y numeradas.

3. Contenido y revisión temática

Según Jonathan Culler (referencia de Tonny: 2013. Loc 77) existen dos tendencias en la corriente de investigación semiótica: la “semeiotica” estadounidense de Peirce, por un lado, y la semiología europea fundada sobre las observaciones de Ferdinand de Saussure, en la otra. Siendo su lugar de concepción la diferencia principal: mientras que la semiótica saussureana encuentra sus herramientas descriptivas en el dominio de la lengua, la semiótica peirceana, en cambio, las halla en la *Lógica* derivada de su *Teoría del Conocimiento*, cuyos principios se pueden poner al servicio de una lengua para describir su comportamiento. Siendo aquel el límite, vemos cómo ambos sistemas describen distintos efectos. En el fondo, “la lógica de Peirce es, en esencia, una versión modernizada del *trivium* medieval compuesto de gramática, lógica y retórica, aplicado no a la educación, pero a una teoría del conocimiento” (Loc 129). A su vez, el sistema de conocimiento peirceano encuentra las siguientes correlaciones: Gramática Especulativa, Crítica, y Retórica Especulativa. Juntas, constituyen “la visión que tenía Peirce de la lógica como una filosofía veraz de la representación” (p. 7), siendo la *Crítica* el punto de partida de este estudio ya que –según el autor– ahí se circunscribe toda la teoría del signo: “un Signo (es definido) como cualquier cosa que se encuentra determinada por algo ajeno, llamado su objeto, y de esta forma, determina un efecto sobre una persona. Efecto que nombro como *interpretante*” (p. 14).

Una vez que la relación existente entre un signo, su objeto e *interpretante* ha sido establecida, el capítulo 2, “¿Cómo Debería Nombrarse un Signo?”, establece la primera tricotomía en términos de “qua signos” (i.e. ‘remas’ e.g. fotografías y dibujos en dos dimensiones), “signo dicente” (i.e. signos que indexan una ley natural general, como el morfema de pluralidad en español) y “decisigno” (i.e. el hecho de que la cualidad de pluralidad solamente puede ser atribuida a los sustantivos contables). Luego el capítulo presenta el concepto de *réplica* que encuentra una correlación posible en el concepto lingüístico de locución: si bien cada acto locutivo se constituye como un evento único, cuentan con el potencial de entrañar la misma proposición en cualquier lugar y tiempo. Por último, el autor vincula lo anterior con el campo de la semiótica visual en cuanto que “principalmente se relaciona con aquel residuo de un documento pictórico, una vez que todo el material verbal ha sido removido, ya sea mental o físicamente” (p. 46). El ejemplo que ilustra lo anterior consiste en un fragmento de una tira cómica de Mayer Schapiro (1994) y un análisis exhaustivo del lenguaje corporal de la mundialmente conocida fotografía del ex presidente de Estados Unidos, George W. Bush y el Primer Ministro ruso Vladimir Putin en la Cumbre del Mar Negro de 2008.

En el capítulo 3, “Peirce”, el autor proporciona los aspectos biográficos necesarios para comprender la tendencia natural que tenía el polímata para observar la naturaleza en términos empíricos formales y de los lamentables eventos que forjaron la imagen de un pensador intolerante y arrogante, en vez de la de un genio original. Siendo su padre el renombrado Benjamin Peirce, el “más prominente matemático de su época” (p. 37), siempre encontró tierra fértil para alimentar sus inquietudes intelectuales. Significativo resulta el encuentro que tuvo a los 12 años con la *Lógica* de Whately, supuesta fuente inspiradora de lo que dos décadas más tarde se transformaría en el estudio del sistema de las relaciones significativas o ‘semeiotica’. Entre otros, como ejemplo de la independencia de su pensamiento crítico, sabemos por medio del autor que a la temprana edad académica de 26 años, Peirce logró reagrupar las doce categorías kantianas a solamente tres, estableciendo el primer intento sistemático con miras a elaborar su propia fenomenología de la naturaleza.

El capítulo 4, “Modos de Representación”, relaciona la tricotomía expuesta anteriormente con la de ícono, índice y símbolo, aseverando que “un signo o es un ícono, un índice o un símbolo” (p. 93). En palabras de Peirce:

“El ícono no cuenta con una conexión dinámica con el objeto que representa; el índice se encuentra físicamente conectado a su objeto (...) y el símbolo se encuentra conectado a su objeto en virtud de la idea mental que usa el símbolo, sin el cual no podría existir dicha conexión” (p. 89).

Añadido al hecho de que los íconos no son ni verdaderos ni falsos por naturaleza, nosotros “reconocemos algo en ellos debido a nuestra experiencia del mundo” (p. 90), significado sujeto al Principio de Implicación, en donde “un signo dicente es concretado en sus réplicas específicas, de manera tal los símbolos aquí son manifestados en sus índices” (p. 102). La observación de que las locuciones son eventos únicos pero que pueden manifestar las mismas proposiciones de acuerdo a leyes determinadas o una sintaxis, evidencia la naturaleza indexical del habla.

El quinto capítulo, “El Medio Importa”, nos enseña las categorías de Primeritud (i.e., cualidades en sí mismas, “rojedad”), Secundidad (i.e., actos, o cualidades representadas en entidades) y de Terceritud, (i.e., las relaciones sistémicas de aquellas cualidades entificadas, como lo es el estatus sintáctico de cada lengua). Finalmente, el autor relaciona los remas a Primeritud y entrega la última tricotomía, los hipoíconos: imagen, diagrama y metáfora.

El capítulo 6, “El Poema Silencioso”, se constituye como una simbiosis casi perfecta entre la disciplina académica para distinguir, seccionar y relacionar las distintas capas de pensamiento y el arte: tal vez se trata del único medio accesible para dar cuenta de los “movimientos de imágenes del pensamiento” o los “gráficos existenciales”. Básicamente, no es la relación natural sostenida entre el signo y el objeto que representa lo que le otorga forma a las cualidades, sino el *medio* que gobierna las relaciones internas del sistema. El resultado final de aquel razonamiento dio como resultado la contribución más significativa de Peirce a la semiótica: la *hipótesis de abducción*, mecanismo que le otorga movimiento al conocimiento.

Por último, el capítulo 7, “Retórica de la Imagen”, cierra el estudio relacionando la fenomenología de la naturaleza de Peirce con una ciencia común y una especial. La común reúne las Matemáticas, la Filosofía y la Filosofía de la Representación (su “*semeiotica*” Lógica) más la Idioscopía o la Retórica Pictórica de Peirce: aquel mecanismo por medio del cual la mente de las personas es capaz de relacionar un conjunto de cualidades con un grupo de *representámenes* (conjunto de remas que dan cuenta de una sintaxis) y “contar” una historia acerca de algo tan simple como una fotografía monocromática.

4. Evaluación personal

Sin duda alguna, el libro aquí reseñado es el resultado del trabajo sistemático, serio y sostenido a lo largo de los años en relación con uno de los métodos más complejos para estudiar la naturaleza de los sistemas semióticos, o en palabras sencillas, la Filosofía del Conocimiento de Charles Sanders Peirce. Jappy Tonny, el autor, es capaz de explicar y entregar ejemplos pertinentes y didácticos para entender el sistema de signos incluso en sus partes más sutiles (los hipoíconos) sin la necesidad de recurrir al –a veces caótico– sistema formal de la fenomenología peirceana. Lingüistas y, en particular, especialistas en discurso extrañarán ejemplos de interacciones casuales reales; sin embargo, según se explicó, basta con establecer las correlaciones justas para encontrar los equivalentes manifestados en la clásica terminología de la lingüística saussureana. Seguramente, este trabajo consiste en una lectura necesaria para comprender tanto el alcance del

modelo semiótico peirceano, como las diferencias que lo separan de la tradición del ginebrino de Saussure. Finalmente, estimamos que esta es una obra seminal si se tiene el propósito de relacionar la teoría del signo de Peirce al estudio de los sistemas significativos del reino visual.

FRANKLIN DE LA CRUZ MOSCOSO
Magíster en Lingüística
Universidad de Chile